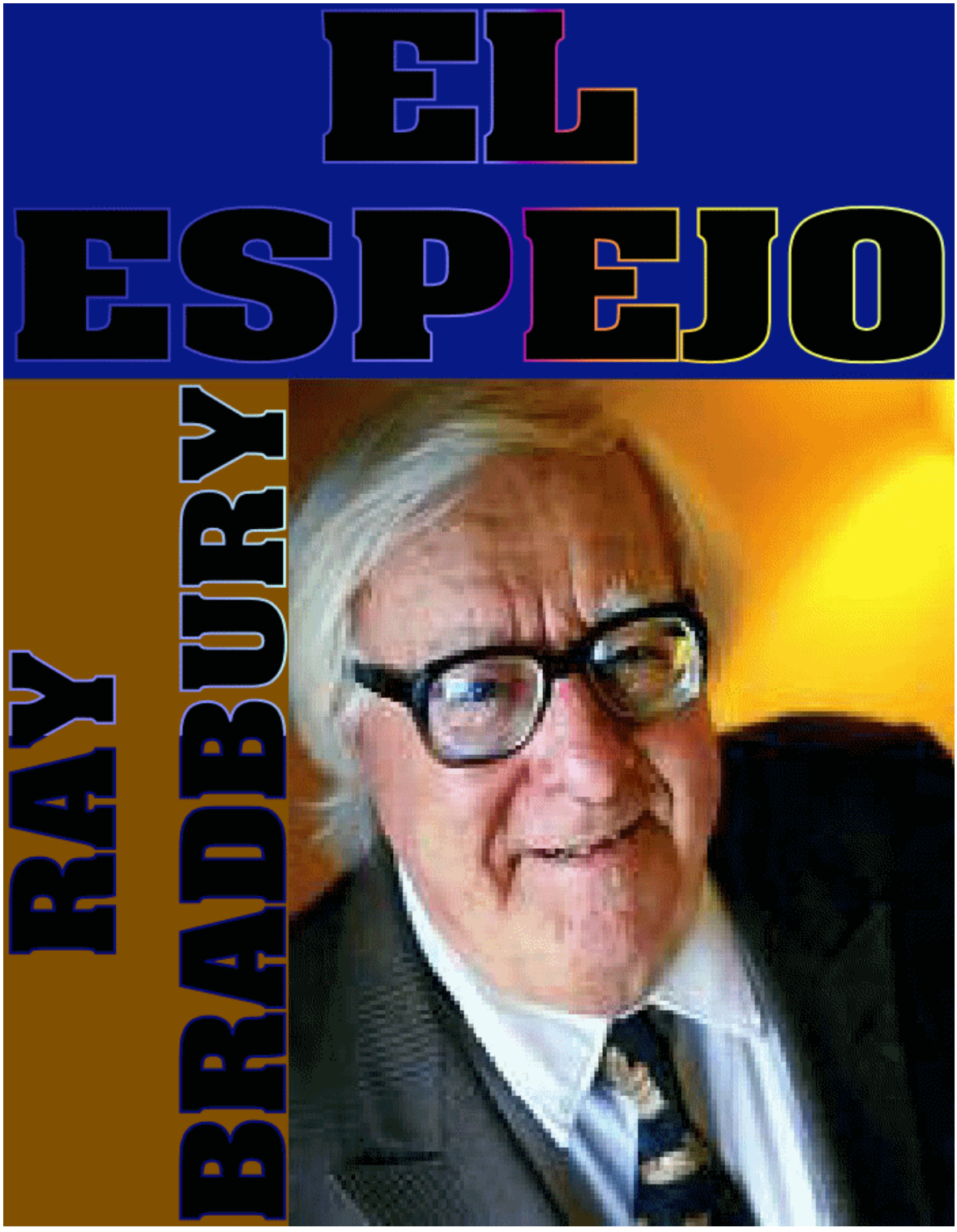
EL ESPEJO
RAY BRADBURY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PARECE MENTIRA, PERO DEBE DE HABER MIL MANERAS DE referirse a estas dos mujeres. Cuando eran niñas y llevaban vestidos amarillos, podían cepillarse el pelo mirándose la una a la otra. Si la vida fuera un gran reloj suizo, ellas serían los cucús más vivaces que alguna vez se asomaron por dos puertitas en forma simultánea para anunciar la misma hora exacta, sin un segundo de diferencia entre las dos. Pestañeaban como si un genial mago oculto tras el escenario moviera una única cuerda. Llevaban zapatos iguales, ladeaban la cabeza en idéntica dirección y sus manos ondeaban en el aire como cintas blancas cuando avanzaban con su etéreo andar. Jamás han existido dos botellas de leche fresca ni dos monedas recién acuñadas que guarden tan estrecho parecido. Cada vez que arribaban a los bailes del colegio, los presentes cesaban de danzar como si súbitamente el salón se hubiera quedado sin aire: dejaban boquiabierto a todo el mundo.

"Las gemelas", decían. Nunca las llamaban por su nombre. Qué importaba que su apellido fuera Wycherly, si las piezas eran intercambiables. Nadie quedaba embelesado por una de ellas, sino que caía bajo el hechizo de una empresa corporativa. Ay, las gemelas, las gemelas... con qué gracia flotaban por el gran río de los años, como dos margaritas arrojadas a las aguas.

"Se casarán con los reyes del mundo", auguraba la gente.

Pero pasaron veinte años sentadas en la galería abierta de su casa, se volvieron parte del paisaje del parque, al igual que los cisnes, y sus rostros alzados e inclinados hacia la pantalla se transformaron en asiduos visitantes de la profunda noche del cine cual fantasmas invernales.

Claro que alguna vez hubo hombres o, más bien, un hombre en su vida. Se impone la palabra "vida" puesto que el sustantivo plural no haría justicia a su unicidad. En cierta ocasión, un hombre se había quitado el sombrero ante ellas en un gesto de galantería, mas sólo había logrado que se lo devolvieran mientras lo acompañaban hasta la puerta con su grácil paso. "¡Gemelos es lo que buscamos!", dijo en cierta oportunidad la voz de la hermana mayor, que llegó a oídos ajenos flotando en el aire de los jardines crepusculares. "En casa tenemos dos de todo: camas, zapatos, reposeras, anteojos de sol... Sería maravilloso encontrar gemelos como nosotras, porque sólo ellos podrían comprender lo que significa ser a la vez un individuo y una imagen especular..."

La hermana mayor. Nacida nueve minutos antes que la menor y, como primogénita, con el derecho divino de actuar como una reina. "¡Hermana, haz esto! ¡Hermana, haz aquello! ¡Hermana, haz lo otro!"

-Yo soy el espejo -manifestó Julia, la menor, a los veintinueve años-. Sí, siempre lo supe. Todos los dones fueron para Coral: los sentidos, el habla, la inteligencia, la figura...

-Igualitas como dos cucuruchos de helado de vainilla son ustedes dos.

-No, es que ustedes no pueden apreciar lo que yo veo. Tengo los poros más abiertos, el cutis más rubicundo y los codos ásperos. Coral dice que, comparado con mis codos, el papel de lija parece talco al tacto. No, la persona es ella; yo sólo estoy aquí representando lo que ella es y lo que ella hace, como un espejo, siempre consciente de que no soy real, de que no soy más que una sucesión de ondas luminosas, una ilusión óptica. Si alguien me arrojara una piedra, tendría siete años de mala suerte.

-¡Seguro que las dos van a casarse para la primavera! ¡Ya van a ver!

-Tal vez Coral. Yo no. Yo me limitaré a visitarla para charlar por la noche cuando le duela la cabeza y para preparar el té. Ése es un don innato que tengo, preparar el té.

En 1934 entró en escena un hombre, recuerdan en el pueblo, y no precisamente relacionado con Coral, sino con Julia, la menor.

"Fue como si sonara una sirena la noche que Julia llevó a su casa a aquel joven. Creí que un incendio había arrasado la curtiembre. Por el sobresalto, salí al porche a medio vestir. Y ahí la vi a Coral, en la galería delantera, echando pestes contra el joven que se encontraba en medio del jardín y rogando que la tragara la tierra, y a Julia, oculta tras la puerta mosqui-

tero, y al joven ahí paradito, no más, con el sombrero tirado sobre el césped húmedo. A la mañana siguiente, vi a Julia salir a hurtadillas para recogerlo y meterse enseguida en la casa. Después de eso, no volví a ver a las gemelas por... ¿a ver...? una semana. Hasta que otra vez aparecieron caminando por la acera como si fueran dos botes en un arroyo, siempre las dos juntitas. Pero desde aquella vez nunca más las confundí. No, señor. Después de aquello, cualquiera puede distinguir cuál es Julia sólo con mirarle la cara."

Apenas una semana antes habían cumplido cuarenta años, la menor y la mayor de las Wycherly. Algo habrá sucedido ese día que determinó que se cortara una cuerda del arpa en forma tan repentina y sonora que la vibración se oyó claramente en todo el pueblo.

Esa mañana, Julia Wycherly se levantó y no se cepilló el pelo. Durante el desayuno, la mayor se miró en su fiel espejo y preguntó:

-¿Te peleaste con el peine?

-¿Qué peine?

-Ay, por favor, tienes el pelo hecho una maraña.

La mayor se llevó las delicadas manos de porcelana a su

peinado, que parecía una trama de hebras de oro cual corona sobre la cabeza regia sin una trenza floja, ni un cabello fuera de lugar, ni siquiera una imperceptible mota de pelusa o alguna escama microscópica de piel. Tan pulcra estaba que olía a alcohol ardiendo en un brasero de bronce.

-A ver, déjame arreglártelo.

Pero Julia se puso de pie y abandonó la habitación. Esa tarde, otra cuerda se cortó.

Julia se fue sola al centro del pueblo.

En la calle, la gente no la reconocía. Sucede que nadie distingue a un componente de un par cuando durante cuarenta años ve siempre a los dos, como una pareja de elegantes zapatos que pasea su reflejo por las vidrieras de las tiendas del centro. Todo aquel que la cruzaba le dirigía ese característico y sutil movimiento de la cabeza que entraña desviar la mirada de una imagen hacia su rigurosa réplica.

- ¿Quién es? -preguntó el farmacéutico, como si lo hubieran despertado a la medianoche y estuviera espiando por la mirilla de la puerta-. Es decir, ¿eres tú, Coral, o es Julia? ¿Está Julia o Coral enferma, Julia? Bueno, lo que quiero decir es... ¡Bah, ya me entiendes! -Hablaba en voz muy alta, diríase que tratando de hacerse oír durante una mala comunicación telefónica.

- Soy... -La menor de las gemelas tuvo que interrumpirse, palparse y mirarse en la brillante superficie de un enorme botellón que contenía un líquido del color de la menta. -Soy Julia -respondió al fin, como si estuviera al otro lado de la línea-. Quiero... eh.. .

-¿Murió Coral? ¡Por Dios, qué horror! ¡Qué cosa más terrible! -exclamó el boticario-. ¡Ay, Julia, pobrecita!

-No, no. Coral está en casa. Estoy buscando... Bueno, quiero... -Se humedeció los labios y levantó una mano vaporosa. -Quiero una tintura rojiza para el pelo, algo de color zanahoria o rojo tomate... O, mejor, del color del vino. Sí, creo que ése es el que prefiero. Color vino tinto.

-Dos frascos, ¿no es cierto?

- ¿Cómo dice?-Dos frascos de tintura. Uno para cada una, ¿no?

Julia parecía a punto de esfumarse, evanescente como un milano, pero enseguida contestó:

- No. Uno solo. Es para mí. Para Julia. Pura y exclusivamente para Julia.

- Julia! -gritó Coral desde la puerta al verla acercarse por el sendero-. ¿Dónde te habías metido? ¡Cómo se te ocurre escaparte de esa manera! Se me cruzaron por la cabeza tantas cosas horribles, que te había atropellado un auto, que te habían secuestrado... ¡Por Dios! ¿Qué es eso? -La hermana mayor perdió momentáneamente el habla y se desplomó sobre la baranda de la galería. -¡Tu pelo, tu hermosa cabellera dorada! Ochenta centímetros medía, casi dos por cada año, dos centímetros por cada año... -No podía apartar la vista de la mujer que bailaba el

vals, hacía reverencias y giraba con los soñadores ojos cerrados en el sendero del jardín.

-¡Ay, Julia, Julia!

-Tiene el color del vino -dijo Julia-. Y ¡huy! ¡Se me subió a la cabeza!

Julia, tienes una insolación. Saliste sin sombrero y, encima, sin almorzar, con el estómago vacío. ¡Como para que no te pongas así! Vamos, voy a ayudarte a entrar. Iremos al baño a enjuagar ese color espantoso. ¡Pareces un payaso del circo!

- Soy Julia. ¡Julia! -repitió la hermana menor-. Y mira esto... -Arrancó el papel de un paquete que llevaba bajo el brazo y sostuvo en alto un vestido rutilante como el césped del verano, verde como el color complementario de su pelo, verde como los árboles y la mirada de los gatos que acompañaban a los faraones.

-Sabes que no me gusta usar ropa verde -rezongó Coral-. ¡Qué manera de despilfarrar nuestra herencia comprando vestidos como ése!

-Un vestido, en singular.

-¿Un vestido?

- Un vestido. Uno solo -dijo Julia con voz queda y una sonrisa en los labios-. Uno solito. -Entró en la casa y se lo puso, parada en medio del recibidor. -Y un par de sandalias nuevas.

-¡Con los dedos descubiertos! ¡Qué ridiculez más grande!

- Si quieres, puedes comprarte un par igual.

-¡Ni loca!

-Y también un vestido como éste.

-Ja, ja!

-Bueno, ya es la hora del té -anunció Julia-. Nos esperan en lo de Appleman. No te habrás olvidado, ¿no? Vamos.

-¡Me imagino que no estarás hablando en serio!

- Me gusta tanto tomar el té... Y, además, es un día tan lindo...

-¡No nos vamos hasta que no te saques esa tintura!

-No, no voy a sacármela. Y hasta es probable que en los próximos seis meses me deje crecer las canas.

-¡Shh, te van a oír los vecinos! -gritó Coral. Y bajando la voz, agregó: -No tienes canas.

-Sí, tengo el pelo gris como un ratón. Y me lo voy a dejar crecer. Hace años que nos teñimos.

-Pero ¡nada más que para resaltar nuestros reflejos naturales!

Se marcharon juntas a tomar el té.

Tras ese episodio, los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Se produjo una seguidilla de estallidos como un reguero de pólvora, como una explosión de petardos-ametralladora. Julia se compró capelinas con flores, Julia comenzó a usar perfume, Julia engordó, Julia se volvió canosa, Julia empezó a salir sola de noche, calzándose los guantes como un obrero que se apresta a realizar un trabajo fascinante en la fragua.

¿Y qué decía Coral?

- Ay, estoy nerviosa -se quejaba-. Nerviosa, nerviosa, nerviosa. Mírale las medias, con todos los puntos corridos, igual que el rouge. ¡Y nosotras, siempre tan impecables! Mírale las mejillas, ni siquiera se empolvó las pecas. ¡Y ese pelo que parece nieve sucia! Ay, estoy nerviosa, nerviosa, nerviosa...

-Julia, hasta aquí llegó mi amor -anunció al cabo de un tiempo-. Ya no voy a dejarme ver contigo.

-Julia, ya hice las valijas -comunicó un mes más tarde-. Me voy a hospedar en la pensión de la señora Appleman. Puedes llamarme allí si me necesitas. ¡Ah, ya vas a llamarme, ya vas a venir moqueando solita a buscarme! Y te advierto que vamos a tener que hablar largo y tendido para que me convenzas de volver a casa.

Y Coral zarpó como una majestuosa barca blanca y se hizo a la mar de una tarde estival.

Una semana después se desató una tormenta eléctrica. El rayo más descomunal entre todos los verdes relámpagos surcó crispado el cielo, escogió el blanco a fulminar y se precipitó de lleno en el corazón mismo del pueblo. Una lluvia de pájaros cayó de sus nidos como un demencial diluvio de papel picado, tres niños fueron arrojados al mundo con dos semanas de anticipación y un cortocircuito puso punto final al parloteo de un centenar de amas de casa encerradas en sus encapotados hogares en plena carrera hacia el pecado, la tortura y el melodrama doméstico. El impacto de ese rayo que retornó al cielo en un millón de añicos pronto quedó relegado al olvido frente a la noticia publicada en el periódico de la mañana siguiente, la cual daba cuenta de que Henry Crummitt (el hombre que rodeaba con el brazo los hombros de la silueta del indio que había en la cigarrería) contraería enlace con una tal Julia Wycherly ese mismísimo día.

-¿Que alguien va a casarse con Julia? -Coral tomó asiento, boquiabierta, se echó a reír y volvió a su expresión de incredulidad ante la absurda mentira. -¿Cómo? ¿Con esos dobladillos descosidos, esos camisones percudidos, esas canas espantosas, las cejas sin depilar y los zapatos deformados? ¿Julia? ¿Que alguien va a llevar a Julia al registro civil? ¡Ah, eso sí que no lo creo!

Pero sólo para complacer su propio humor, que viró impetuosamente de la comedia a la payasada más burda y menos graciosa, esa tarde se acercó a la capilla y se llevó una sorpresa al encontrar un grupo de personas, todo risas y algarabía, arrojando arroz. Y más allá, saliendo del templo, vio a Henry Crummitt y, de su brazo...

Una mujer de figura esbelta, vestida con elegancia, el pelo dorado recogido en un bello tocado, sin una mota de pelusa ni un atisbo de caspa. Una mujer con las costuras de las medias derechas, los labios bien delineados y las mejillas que parecían empolvadas con la primera y fresca nevada de un invierno encantador.

Cuando los novios avanzaban, la hermana menor paseó la vista por los concurrentes y advirtió la presencia de su hermana mayor. Se detuvo. Todos se detuvieron. Todos aguardaron. Todos contuvieron el aliento.

La hermana menor dio un paso, dos pasos adelante y contempló el rostro de aquella otra mujer confundida entre los asistentes. Acto seguido, como si estuviera arreglándose frente a un espejo, se acomodó el velo, se corrigió la pintura de los labios y se retocó el polvo de las mejillas con suma delicadeza, con gran minuciosidad y sin prisa alguna. Por fin, dirigiéndose a ese mismo espejo, dijo, o al menos fuentes confiables dicen que dijo:

-Soy Julia. Y tú, ¿quién eres?

La lluvia de arroz que cayó a continuación fue tan intensa que nadie pudo ver nada más hasta que los autos se marcharon.